

salieron estropeados. Concluido el torneo, por la noche se bailó, y asistieron al baile su majestad cesárea y los oradores franceses, españoles y borgoñones, faltando el veneciano: la fiesta duró hasta las seis.»

« Cuando se celebró en Florencia el advenimiento de Leon X á la sede pontificia (dice Vasari en *Jacobo de Pontormo*), hubo grandes y hermosas fiestas, entre ellas dos hermosísimas y de inmenso coste dadas por dos compañías de señores principales de la ciudad. Una de las compañías, llamada el Diamante, contaba por jefe á Julian de Médicis, hermano del papa, que la tituló así porque el diamante había sido divisa de Lorenzo, su anciano padre; y la otra, que tenía por nombre é insignia el *Broncone* (rama grande), estaba presidida por el señor Lorenzo, hijo de Pedro de Médicis, cuya divisa era una rama grande, esto es, un tronco de laurel seco que las hojas hacían reverdecer, para mostrar que él devolvía su lozano verdor al nombre de su abuelo. La compañía del Diamante encargó á M. Andres Darri, maestro de letras griegas y latinas en el estudio de Florencia, la invencion de un triunfo; y él ideó uno, semejante al que hacían los Romanos cuando alcanzaban la victoria, compuesto de tres magníficos carros de madera, pintados con un arte rico y lleno de hermosura. En el primero estaba la infancia con un orden de hermosos niños; en el segundo la edad viril, con muchas personas que en esta época de la vida habían ejecutado grandes cosas, y en el tercero la senectud, con muchos hombres esclarecidos que en su vejez habían llevado á cabo hechos insignes: todos aquellos personajes estaban adornados con tal riqueza que no se creía posible aventajarla. Los constructores de estos carros fueron Rafael de los Viole, el grabador Carota, el pintor Andres de Cosimo y Andres del Sarto; y los que hicieron y ordenaron los trajes de las figuras, Pedro de Onici, padre de Leonardo, y Bernardino de Giordano, clarísimos ingenios: á Jacobo Pontormo le tocó pintar los tres carros, en los cuales ejecutó al claro oscuro varias historias con muchas metamorfosis de los dioses en diferentes formas. El primer carro tenía escrito en letras grandes *erimus*, á saber, *seremos, somos, fuimos*. La canción empezaba: *Vuelan los años, etc.*

Habiendo visto estos triunfos el señor Lorenzo, jefe de la compañía del Broncone, y deseando aventajarlos, encargó de todo á Jacobo Nardi, persona noble y muy entendida en las letras, el cual dispuso seis triunfos, esto es, el doble de los preparados por la compañía del Diamante. El primero, tirado por un par de bueyes vestidos de yerba, representaba la edad de Saturno y de Jano, llamada de oro, y tenía encima del carro á Saturno con la hoz y á Jano con las dos cabezas y la llave del templo de la paz en la mano; á sus piés estaba atado el furor, y en torno se veían infinitas cosas pertenecientes á Saturno y notables por su belleza y la variedad de sus colores, obra del ingenio de Pontormo. Acompañaban á este triunfo seis parejas de pastores desnudos, cubiertos en algunas partes con pieles de marta cebellina, calzando botines á la antigua de varias clases, con zurroneos, y ceñida la cabeza de guirnalda de muchas especies de hojas. Los caballos en que iban montados estos pastores, en vez de sillars, llevaban pieles de leones, tigres y linceos, cuyas piernas doradas pendían á cada lado con gracia. Los adornos de las grupas y de los estribos eran de cuerdas de oro; y los estribos figuraban cabezas de carneros, perros y otros animales semejantes, y los frenos y riendas eran de cuerdas de plata con diferentes yerbas. Cada pastor llevaba consigo cuatro palafreneros en traje de pastoreillos, vestidos mas sencillamente, con otras pieles y con antorchas á modo de troncos secos y de ramas de pino, que presentaban una hermosa vista. En el segundo carro, tirado por dos pares de bueyes vestidos de

paño riquísimo, con guirnalda en la cabeza y rosarios grandes que les colgaban de los cuernos dorados, iba Numa Pompilio, segundo rey de Roma, con los libros de la religion, las órdenes sacerdotales y todas las cosas pertenecientes á los sacrificios; pues él fué entre los Romanos autor y primer ordenador de la religion y de los sacrificios. Acompañaban á este carro seis sacerdotes, montados en hermosísimos mulos, y que llevaban la cabeza cubierta con mantos de telas de hilo recamados de oro y plata, figurando hojas de yedra de una labor exquisita. Vestían trajes sacerdotales á la antigua con franjas y adornos de oro en extremo ricos, y llevaban en la mano, quién un incensario, quién un vaso de oro, quién otras cosas parecidas. Los seguían palafreneros á estilo de levitas, y las antorchas que estos llevaban eran semejantes á candeleros antiguos, perfectamente trabajados. El tercer carro representaba el consulado de Tito Manlio Torcuato, el cual fué cónsul despues de concluida la primera guerra cartaginesa, y gobernó de manera que en su tiempo florecieron en Roma todas las virtudes y prosperidades: dicho carro, en el cual iba el mismo Torcuato con muchos adornos hechos por Pontormo, estaba tirado por ocho hermosísimos caballos, y lo procedían seis parejas de senadores togados, en monturas cubiertas de tela ligera de oro, seguidos de gran número de palafreneros que figuraban lictores con haces, seguros y otras cosas pertenecientes al ministerio de la justicia. El cuarto carro, tirado por cuatro búfalos, dispuestos á guisa de elefantes, representaba el triunfo de Julio César, despues de la victoria alcanzada contra Cleopatra; en el carro estaban pintados por Pontormo los hechos mas famosos de aquel, y formaban su séquito seis parejas de guerreros provistos de armas muy brillantes y ricas, adornadas de oro, con planchas en los muslos: las antorchas que llevaban los palafreneros medio armados tenían la forma de grifos. En el carro iba César Augusto, dominador del universo, acompañado de seis parejas de poetas á caballo, todos coronados, como tambien César, de laurel, y con diferentes trajes, segun las provincias á que pertenecían. Lo cual era una alusion al favor que César Augusto dispensó siempre á los poetas, que en pago la elevaron al cielo con sus obras; para ser conocidos, cada cual tenía á modo de banda una inscripción, donde se leía su nombre. En el sexto carro, tirado por cuatro pares de novillos vestidos ricamente y con muy buenas pinturas de Pontormo, iba el justísimo emperador Trajano, y delante, en hermosos y bien aparejados caballos, seis parejas de doctores en leyes con togas hasta los piés y mucetas de piel de ardilla, como acostumbaban vestirse antiguamente los doctores: los lacayos que llevaban las antorchas en gran número, eran escribanos, copistas y notarios con libros y escrituras. Seguía á estos seis carros otro representando la edad y el siglo de oro, en que brillaba un trabajo hermoso y extremadamente rico, con muchas figuras de relieve por Baccio Bandinelli, y bellísimas pinturas de mano de Pontormo, mereciendo entre las de relieve singular elogio las cuatro virtudes cardinales. En medio del carro se elevaba un gran globo, en forma de mapamundi, donde se veía postado boca abajo un hombre, al parecer muerto, cuyas armas estaban llenas de moho. Tenía la espalda abierta y hendida, y de la hendidura surgía un niño desnudo y dorado, que representaba la resurreccion de la edad de oro, al fin de la de hierro, de la cual salía y renacía para la creacion del pontífice; esto mismo significaba el tronco seco que se vestía de nuevas hojas, y algunos dijeron que aquel tronco aludía á Lorenzo de Médicis, el cual fué duque de Urbino. No pasaré en silencio que el niño dorado, que era hijo de un panadero, murió al poco tiempo de resultar de lo que padeció para ganar 10 escudos. La canción que se cantaba por aquella mojiganga, segun costumbre, fué obra del re-

ferido Jacobo Nardi; y la primera estancia decia así:

Colui che dà le leggi alla natura,
E i varj stati e secoli dispone,
D'ogni bene è cagione;
E il mal, quanto permette, al mondo dura:
Onde questa figura
Contemplando, si vede
L'un secol dopo l'altro al mondo viene,
E muta il bene in male e il mal in bene.

El que da leyes á la naturaleza y dispone el orden de los varios Estados y siglos, es la causa de todo bien; y la duracion del mal depende de su voluntad soberana. Contemplando, pues, esta figura, se ve que un siglo sucede á otro siglo, y trueca el bien en mal y el mal en bien.»

Tambien los particulares ó las sociedades tenían sus fiestas y regocijos:

« En la casa de Juan Francisco Rústici (dice Vasaria en la vida de este), se reunía una sociedad de personas honradas, titulada compañía del *Pajuolo* (del Caldero), que no podían exceder de doce, y eran el referido Juan Francisco, Andres del Sarto, el pintor Spillo, Domingo Puligo, el platero Robetta, Aristóteles de Sangallo, Francisco de Pellegrino, Nicolas Buoni, Domingo Bacelli, que tocaba y cantaba perfectamente, el escultor Solosmeo, Lorenzo, por sobrenombre Guazzetto, y el pintor Roberto de Filippo Lippi, que les servía de proveedor: cada uno de estos doce podía llevar á sus cenas y pasatiempos cuatro y no mas. El orden de las cenas era (lo refiere con tanto gusto cuanto que al presente se halla casi olvidado el uso de tales compañías) que cada cual llevase una cosa de comer, en que luciese alguna buena invencion, y al llegar la presentase al señor, que siempre era uno de ellos, el cual la daba á quien quería, cambiando la cena del uno por la del otro. Luego, cuando se sentaban á la mesa, la comida era comun; y el que coincidía en la invencion de su cena con otro, ó había dispuesto lo mismo, era condenado. Una noche que Juan Francisco dió de cenar á su compañía del Caldero, determinó que sirviese de mesa un gran caldero hecho de una tina, dentro del cual estaban todos, y parecia que se hallaban en el agua del caldero; de en medio de este se hacían circular las viandas, y el mango del caldero, que estaba hueco, esparcía en el centro una hermosa luz, de modo que dirigiendo los ojos al rededor, se veían todos de frente. Cuando se hubieron sentado dentro del caldero, el cual estaba muy bien dispuesto, surgió del medio un árbol con muchas ramas que ponían delante la cena, es decir, las viandas, á dos por plato; hecho esto, volvía abajo, donde había músicos que tocaban; á poco aparecía de nuevo con las segundas viandas, luego con las terceras, y así sucesivamente, mientras que los criados servían exquisitos vinos. La invencion del caldero, perfectamente adornado con variadas telas y pinturas, obtuvo muchos elogios de los individuos de la compañía. Esta vez el presente de Rústici fué una caldera hecha de pasta, dentro de la cual Ulises sumergía á su padre para devolverle la juventud. Ambas figuras eran capones cocidos que tenían forma de hombres; tal era la perfeccion con que estaban dispuestos los miembros y el todo, para lo cual se habían empleado diferentes cosas buenas de comer. Andres del Sarto presentó un templo de ocho caras, parecido al de San Juan, pero colocado sobre columnas; el pavimento era una fuente muy grande de gelatina con compartimientos de varios colores, figurando mosaico; las columnas, que parecían de pórfido, consistían en grandes y gruesos salchichones; las bases y los capiteles eran de queso parmesano; el cornisamento de pastas de azúcar, y la tribuna de pedazos de mazapan. En el centro había un facistol hecho de ternera fiambre, con un libro de lasañas, que tenía las letras y las notas de

granos de pimienta negra, y los cantores eran tordos cocidos con el pico abierto y derecho, que vestían ciertas camisolas á modo de sobrepellices, de redafío de cerdo, y detras de ellos servían de contrabajo dos palomas grandes, y de triples seis hortelanos. Spillo presentó para su cena un cerrajero, hecho de un ganso grande ó otra ave semejante, con todos los instrumentos para poder componer, en caso necesario, el caldero. Domingo Puligo hizo de un cochinillo cocido una criada con la rúeca junto á sí, que estaba mirando una pollada, y tenía á su cargo el servicio del caldero. Robetta, para conservar este, hizo de una cabeza de ternera, con añadidura de otras grasas, un yunque, que pareció muy bueno y hermoso; sucediendo otro tanto con los demas presentes, por no nombrarlos todos uno á uno, de aquella cena y de otras muchas que dieron.

La compañía de la Llana (*cazzuola*), que fué parecida á esta, y de la cual formó parte Juan Francisco, tuvo principio del siguiente modo. Hallándose una noche del año 1512 cenando en el huerto que poseía en Campuccio Feo de Agnolo, corcovado, tocador de pifano y persona muy agradable, el referido Feo, Sebastian Sagginati, Rafael de Beccajo, Chechino de los Profumi, Jerónimo de Giocondo y el Badía, vió este, mientras comían los requesones, á un lado del huerto, cerca de la mesa, un montecillo de cal, y en él la llana que el día ántes había dejado allí un albañil. Tomando entónces con esta llana un poco de aquella cal, lo arrojó á la boca de Feo, que aguardaba con la boca abierta un gran pedazo de requeson; viendo esto la compañía, empezó á gritar *Llana, llana*. Debiendo, pues, á tal accidente su origen dicha sociedad, se ordenó que se compusiese de veinticuatro individuos, doce de ellos que estaban, como se decía en aquellos tiempos, por la mayor, y doce por la menor; y que su insignia fuese una llana de albañil, á la cual añadieron despues aquellos sapitos negros que tienen la cabeza y la cola gruesas, y se llaman en Toscana *cazzuole*. Su patrono era San Andres; celebraban su día solemnemente con una cena y un espléndido convite. Fueron infinitas las fiestas que dieron en distintas épocas. Pero solo haré mencion de unas pocas para noticia de los que no tienen conocimiento de estas compañías, olvidadas actualmente casi del todo. La primera que dió la Llana y que dispuso Julian Bugiardini, fué en un lugar llamado Luia de Santa María Nueva, donde ántes hemos dicho que se vaciaron en bronce las puertas de la iglesia de San Juan. Habiendo mandado el señor de la compañía que cada cual se vistiera como fuese mas de su gusto, en la inteligencia de que serian condenados los que se presentasen con el mismo traje y de igual hechura, se vieron aparecer en la hora prefijada los vestidos mas hermosos y raros imaginables. Llegado el momento de cenar, se sentaron á la mesa segun la calidad de los trajes: los que los llevaban de príncipes ocuparon los primeros puestos, en seguida se colocaron los ricos y nobles, y por último, los que iban vestidos de pobres. En cuanto á sí despues de la cena hubo fiestas y juegos, mejor es dejar que la imaginacion del lector se lo figure que decir nada en el asunto.

En otra comida, dispuesta por el referido Bugiardini y por Juan Francisco Rústici, se presentaron los individuos de la compañía como había mandado el señor, en traje de albañiles y peones de albañil, esto es, los que estaban por la mayor con la llana y el martillo á la cintura, y los que por la menor vestidos de peones de albañil, con la artesa y la palanca para levantar pesos, llevando la llana sola á la cintura. Al llegar todos á la primera estancia, habiéndoles mostrado el señor el plano de un edificio que era preciso fabricar para la compañía, los maestros se sentaron al rededor, y los peones de albañil empezaron á llevar las materias para construir la base, es

decir, en vez de cal vasijas llenas de lasañas cocidas y requesones preparados con azúcar, arena hecha de queso, especias y pimienta negra, y por piedras, confites grandes y otros dulces. Los ladrillos, baldosas y tejas que se conducían en cestas y parihuelas, eran panes y tortas. Habiéndose estimado que una base no estaba bien dirigida ni trabajada, se determinó romperla; y la encontraron compuesta de tortas, higadillos y otras cosas por el estilo, que se comieron, sirviéndose las los peones de albañil. Como se presentasen los mismos de nuevo con una gran columna envuelta en tripas de ternera cocidas, la destrozaron, y cediendo el cocido de ternera y capones y otras cosas de que se componía, se comieron la base de queso parmesano y el capitel adornado maravillosamente con esculturas de capones asados y tajadas de ternera; ejecutando lo propio con el cimacio, que estaba hecho de lenguas. Pero ¿á qué referir todos los pormenores? Después de la columna, se llevó en un carro un pedazo de arquitrabe artísticamente trabajado, con adornos y cornisas tan bien y de tan diversas viandas compuesto, que sería preciso una larga relación para describirlo en todos sus puntos. Basta decir, que cuando fué tiempo de despertar, sobrevino una lluvia fingida, precedida de muchos truenos; y todos dejaron la faena, encaminándose cada cual á su casa.

Otra vez, estando en la misma compañía el señor Mateo de Panzano, se dispuso el banquete como sigue: Ceres, yendo en busca de Proserpina, su hija, á quien había robado Pluton, entró donde estaban reunidos los individuos de la Llana, en presencia de su señor, y les rogó que la acompañasen al infierno. Después de muchas disputas, consintieron y fueron detrás de ella: al entrar en una habitación algo oscura, vieron, en lugar de puerta, la enorme boca de una serpiente, cuya cabeza ocupaba toda la fachada. Habiéndose acercado todos á aquella puerta, mientras Cerbero ladraba, preguntó Ceres si la hija que había perdido estaba dentro; y como le respondiesen que sí, añadió que deseaba volviere á su poder. Pluton contestó negativamente, y la convidó, en unión de toda la compañía, á que asistiese á las bodas que se preparaban, invitación que fué aceptada. Habiendo entrado todos por aquella boca llena de dientes, que hallándose unida á los goznes, se abría á cada pareja de hombres que entraba y después volvía á cerrarse, se encontraron por último en una grande habitación redonda, la cual no tenía mas que una luz en el medio, tan débil que apenas les permitía distinguirse unos á otros, un feísimo diablo armado de una horquilla los sentó al rededor de las mesas cubiertas con manteles negros; y Pluton mandó que en honor á su boda, cesasen aquel día las penas del infierno, lo cual se ejecutó inmediatamente. Estando pintados en aquella habitación los abismos del reino de los condenados, así como sus penas y tormentos, se prendió fuego á una mecha, y en un instante cada abismo tuvo junto á sí una luz, por cuyo medio se pudo ver en las pinturas de qué modo y con qué penas eran atormentados los que se hallaban allí. Las viandas de aquella cena infernal se compusieron todas de animales asquerosos y feísimos en la apariencia; pero bajo la forma de la pasta y cubierta abominable, había manjares delicadísimos y variados. La corteza figuraba serpientes, culebras, lagartos, sapos, ranas, escorpiones, murciélagos y otros animales por el estilo, y lo interior contenía exquisitas viandas, que el diablo de la horquilla fué colocando en la mesa, delante de cada convidado y por su orden, con una pala, mientras que un camarada suyo servía con un cuerno de exterior feo y desagradable, si bien por dentro era de vidrio, ricos vinos en crisoles de fundir barnizados, que hacían las veces de copas. Luego que se acabaron estas primeras viandas, las cuales fueron casi un mero preparativo, se sirvieron fin-

giendo que la cena (aun no principiada) había concluido, en vez de frutas y dulces, huesos de muertos, hechos de azúcar. En seguida, habiendo ordenado Pluton que dijo iba á entregarse al descanso con su amada Proserpina, volviere las penas á atormentar á los condenados, en un momento fueron apagadas por ciertos vientos todas las luces, y se oyeron infinitos rumores, gritos y voces horribles y espantosas, distinguiéndose en medio de las tinieblas con una luz la imagen del bombardero Baia, que era uno de los circunstantes, condenado al infierno por Pluton por haber ido siempre á buscar asuntos para sus girándulas y fuegos de artificio, en los siete pecados capitales y en las casas del infierno. Mientras contemplaban todos aquel espectáculo y oían varias voces lastimeras, se quitó el doloroso y funesto aparato, y en su vez apareció otro regio y riquísimo y criados de buen aspecto que sirvieron el remanente de la cena, la cual estuvo magnífica. Al fin del banquete llegó una nave llena de dulces de varias clases, y aparentando sus dueños querer llevar mercancías, condujeron poco á poco á los individuos de la compañía á la habitación que caía encima de la que ocupaban, donde había un teatro lujosamente adornado, y se recitó una comedia titulada *Filogenia*, que arrancó muchos aplausos: concluida la representación al despuntar el alba, cada cual se marchó contentísimo á su casa.

Al cabo de dos años tocó, después de muchas fiestas y comedias, al mismo individuo ser otra vez señor, y para poner tasa á algunos de la compañía que habían gastado en ciertas fiestas y convites lo bastante para ser comidos, como suele decirse, vivos, dispuso su banquete de la manera que sigue. Primeramente, por fuera del sitio donde tenían costumbre de reunirse, hizo pintar algunas figuras de las que se ven de ordinario en las fachadas y pórticos de los hospitales, esto es, el administrador del hospital, que con actos llenos de caridad invita y recibe á los pobres y peregrinos. Habiéndose descubierto esta pintura la tarde de la fiesta, al anochecer empezaron á venir los individuos de la compañía, los cuales llamando de puerta en puerta, después que á la entrada los había recibido el administrador, llegaron á una grande estancia arreglada al estilo de hospital, con camas á los lados, y otras cosas semejantes; en medio y al rededor de un gran fuego, estaban disfrazados de mendigos y pordioseros Bientinna, Baltista del Ottonajo, Barlacchi, Bajá y otros, que fingiendo no ser vistos por los que sucesivamente entraban y formaban círculo, hablaban acerca de los individuos de la compañía y de sí propios, censuraban del modo mas acre á los que habían derrochado su hacienda, gastando en cenas y en fiestas mas de lo regular. Concluida aquella conversación, y cuando llegaron todos los que se esperaban, vino San Andres, su patrono, el cual, sacándolos del hospital, los condujo á otra habitación, magníficamente amueblada, donde se sentaron á la mesa y cenaron alegremente. Después el Santo les mandó con agrado que, para no hacer gastos superabundantes y permanecer lejos de los hospitales, se contentasen con una fiesta principal y solemne al año. Dicho esto, partió; y ellos obedecieron, dando anualmente, durante mucho tiempo, una suntuosa cena y una comedia; de modo que, en diversas ocasiones, recitaron la *Calandra* de M. Bernardo, cardenal de Bibiena, los *Suppositi* y la *Cassaria* de Ariosto, la *Clicia* y la *Mandrágora* de Maguiavelo, y otras muchas. Francisco y Domingo Rucellai en la fiesta que les tocó hacer cuando fueron señores, dieron una vez las *Harpías de Fineo*, y otra figuraron una disputa de filósofos sobre la Trinidad, y á San Andres mostrándoles un cielo abierto con todos los coros de los ángeles, lo cual fué un espectáculo verdaderamente raro; y Juan Gaddi, con ayuda de Jacobo Sansovino, de Andres del Sarto y de Juan Francisco Rustici, representó un Tántalo del

infierno, que sirvió una comida á todos los compañeros, vestidos de varios dioses, con todo lo demas que trae la fábula, y muchas invenciones caprichosas de jardines, paraísos, fuegos de artificio y otras cosas, que alargarian demasiado nuestra relación si las mencionásemos. También estuvo hermosísima la idea de Luis Martelli, cuando, siendo señor de la compañía, dió de cenar á esta en casa de Julian Scali; pues presentó al cruel Marte, todo teñido de sangre, en una habitación llena de miembros humanos ensangrentados; en otra mostró á Marte y Venus desnudos en una cámara, y cerca de ellos á Vulcano que, después de cubrirlos con la red, llamó á todos los dioses para que viesen el ultraje de que era víctima.»

Es conocida generalmente la magnificencia de los duques de Borgoña en dar fiestas, que pueden leerse descritas por Barante, *Hist. des ducs de Bourgogne*, sobre todo en el tomo V.

(II) pág. 200.

CIENCIAS OCULTAS.

De la obra de Cornelio Agripa he extractado algunos párrafos, para dar una idea de lo que se llamaba magia, sirviéndome también de lo que otros autores dicen en la materia.

«Existen tres mundos, el elemental, el celeste y el intelectual: de tal manera que el inferior recibe la influencia del superior. El mismo Dios comunica las virtudes de su omnipotencia por medio de los ángeles, de los cielos, de las estrellas, de los animales, de las plantas, de las piedras y de los metales. Los hombres subiendo esta escala, pueden penetrar hasta el mundo arquetipo, y gozar, no solo de las cualidades que las cosas mas nobles poseen, sino atraerse otras nuevas. Cabalmente nuestro estudio versará en primer lugar sobre la manera como los filósofos descubren las virtudes del mundo material, y pasan luego á conocer las virtudes celestes; en segundo lugar, sobre la disciplina de los astrólogos, y finalmente, sobre el modo de confirmarlo todo por medio de ceremonias.

La magia es una poderosísima facultad misteriosa, que encierra el conocimiento de las cosas mas secretas; es, en suma, la verdadera ciencia. Sus fundadores son Zoroastro, á quienes siguen en orden Abbari, el hiperboreo, Carmonda, Damigeron, Eudoxio, Ermippo, Trismegisto, Mercurio, Porfirio, Yamblico, Plotino, Proclo, Dárdano, el Tracio Orfeo, el Griego Gog, el Babilonio Germa. Apolonio de Tiane, Ostano, Pitágoras, Empédocles, Demócrito y Platon viajaron para aprenderla.

Los elementos son cuatro: no pudiendo ser mas ni menos, á saber, el fuego, el aire, la tierra y el agua; cada uno de los cuales tiene tres cualidades, origen del estupendo número 12, que pasa por 7 al 40, llegando á la suprema unidad, de que dependen todos los efectos maravillosos. Las virtudes naturales de las cosas, unas son elementales, como el bañar, el calentar; otras provienen de los elementos que las componen, como las de hacer digerir, suavizar, corroer, etc. Hay además las ocultas, como impedir el veneno, atraer el hierro; tal es también la virtud de la rémora, pececillo que detiene con la cola cualquiera nave grande. Á la manera que en el espíritu de Dios existen las deas, así en el alma del mundo existen otras tantas razones seminales, por cuyo medio formó Dios los cielos, las estrellas, las figuras, y les imprimió todas sus propiedades. Así, pues, las virtudes y propiedades de las especies inferiores dependen de estas estrellas, de estas figuras, de estas propiedades; de modo que cada especie tiene una figura celeste, que le conviene, de la cual toma un poder admirable de obrar. La figura y posición de los cuerpos celestes da singulares

virtudes á muchos individuos; pues desde que uno empieza á estar bajo un ascendiente fijo ó bajo alguna constelación, contrae cierta virtud maravillosa particular de obrar y de recibir; por lo cual Avicena dice, que todo cuanto se hace en la tierra, se encuentra ya antes en los movimientos y en las ideas de las estrellas y de los globos. Es notorio á todos que el iman atrae el hierro, que el ámbar frotado hace mover la paja, que el asbesto, una vez encendido, se apaga con dificultad, que el carbunclo brilla en un sitio oscuro, que el jaspe restaña la sangre, que el higado de camaleon, quemado por las extremidades, excita lluvias y truenos, que el heliotropo hace invisible al que lo lleva; del mismo modo hay una yerba en Etiopia que deseca los estanques y abre cualquier lugar cerrado, y otra en Tartaria, que permite al que la prueba estarse doce dias sin comer ni beber.

Seguros ya del hecho, toca á los filósofos averiguar la razón por qué existe; pero estemos ciertos de que en toda yerba, en toda piedra hay una virtud y una operación admirable, y mas aun en cada estrella. Ni se da otra causa necesaria de los efectos que el acuerdo y enlace de todo con la causa primera y su correspondencia con estos arquetipos divinos. Tales virtudes ocultas se descubren por medio de semejanzas. Así, pues, cuando se quiera comunicar alguna propiedad, es necesario escoger las cosas en que esta predomine, y tomar una parte de ella en el punto donde sea mayor su energía. Por ejemplo, para hacer á uno atrevido, escójase el corazón, los ojos ó la frente de un león ó de un gallo; en igual forma está probado que si alguno lleva consigo el corazón de un cuervo, ó la cabeza de un murciélago ligada al brazo derecho le es imposible dormir; que las ranas y el buho vuelven á uno locuaz; que la lengua de una rama, puesta debajo de la cabeza de una persona dormida, le hace hablar durante el sueño; así como el corazón de un buho, colocado sobre el pecho, á la izquierda, de una mujer adormecida, revela sus secretos. Sábese de la propia manera que los viejos recobran la juventud comiendo serpientes.

Las virtudes ocultas se prueban también por medio de oposición, pues en la naturaleza todo es antagonismo: el fuego es enemigo del agua; Marte y Venus lo son de Saturno; Marte, Mercurio y la Luna del Sol: semejante enemistad entre las estrellas resulta de estar en mansiones opuestas. Por eso Heráclito escribió, que en la tierra todo se hace por contrariedad y amistad (1). El iman ama al hierro, la esmeralda las riquezas, el jaspe la generación, el ágata la elocuencia, el betun al fuego; la palma hembra ama al macho, y se doblan la una hácia el otro; las vides aman á los olmos. Existe también el amor entre animales y seres inanimados: así el gato ama el poleo silvestre, y frotándose contra él, concibe sin necesidad de cópula, y el mismo efecto causa el viento en las yeguas de Capadocia. Fijando la atención en todo esto, los hombres aprendieron de las bestias muchos remedios; las golondrinas enseñaron que la yerba celidonia cura el mal de ojos; muchos se sirven de las hojas de laurel; la abubilla, si se encuentra mal por haber comido uvas, se cura con el culantrillo; los ciervos se libran de las flechas con el dictamo.

Estas son simpatías; pero existen también antipatías, como entre el ruibarbo y la bilis, entre la triaca y el veneno, entre la amatista y la embriaguez, entre el agnocasto (2) y la voluptuosidad, entre el coral y el dolor de estómago. La hiel de cuervo aleja á los hombres del punto donde ha sido enterrada con alguna cosa; el ámbar lo atrae todo, excepto una yerba que se llama confite de los caballos, y las cosas un-

(1) Mudando los nombres, decimos hoy por atracción y repulsión.

(2) Por lo mismo se colocaba una planta de estas en el claustro de los conventos.